

mento de depositarlas en las urnas, para dar así la prueba necesaria de que habían votado de acuerdo con el contrato bajo cuyas condiciones habían de ser pagados después. El actual sistema de registro y la revisión de las listas permiten hoy votar tan sólo á los que tienen derecho para ello. Las cédulas las suministra el Estado y el sistema de votar con cédulas australianas, por el hecho de que se marcan en secreto, hacen incierto y poco provechoso el soborno, porque es imposible saber cómo votan los interesados; y el hombre que recibe dinero por su voto no puede ser vigilado para garantizar que votó según su convenio. Tanto el acto de votar, como el recuento de los votos están protegidos por una vigilancia adecuada y se otorga todo género de facilidades á los inspectores nombrados por los partidos.

Es fundamental para la labor del gobierno popular que las elecciones poco escrupulosas se truequen en elecciones honradas y correctas; y ese cambio se va logrando en el curso ordinario y natural del desarrollo político. Este mismo cambio, que ha tenido lugar también en Inglaterra, á partir de los días del «Reform bill» de 1832, podemos estar seguros ya de que será eficaz de una manera permanente, porque ha dependido del curso natural

del desenvolvimiento político entre nosotros, lo mismo que en Inglaterra.

No necesito describir el desarrollo, la organización sistemática y la eficacia de la caridad pública y privada y de los establecimientos de instrucción, públicos y particulares, creados tanto para obtener la difusión de los conocimientos humanos, como para llevar á cabo investigaciones científicas y estimular el progreso de las artes, ni hablar de la enorme suma de dinero que á tales fines se consagra y de los esfuerzos activos de una multitud de hombres y mujeres á ellos dedicados, porque todas estas cosas forman parte de la vida diaria de la sociedad americana. Ellas muestran un adelanto en la inteligencia del pueblo y en las cualidades morales que dan vida al espíritu de asociación, que es tan esencial al gobierno, como el gobierno lo es para él, y justifican además los continuos adelantos que habrán de obtener en el futuro.

El hecho de que el gobierno popular americano tiene ahora que luchar con cuestiones serias y difíciles, no es una justa causa de desaliento. Los gobiernos siempre tienen cuestiones difíciles que vencer, y estamos seguros de la competencia de la democracia en el porvenir, por los adelantos realizados ya. Las grandes cuestiones del capital y el

trabajo, de la concentración de la riqueza de las grandes compañías y de la difusión del bienestar general, son tan sólo incidentes del progreso.

Los inventos y los descubrimientos del último siglo y las aplicaciones de la ciencia á las artes, han acrecentado enormemente el poder productivo, y en consecuencia la riqueza de la humanidad. Por el uso de las máquinas y por los procedimientos recientemente introducidos, el mismo número de hombres puede producir en la agricultura y en las manufacturas una mayor cantidad y variedad de objetos que antes, los cuales contribuyen á la satisfacción de las necesidades y de los placeres de los hombres; se han descubierto y se han aprovechado también algunas riquezas de la tierra antes no sospechadas, y las facilidades de transporte han dado valor á algunos productos que antes no lo tenían, ya porque no se necesitaban en el lugar de su producción, ó ya porque no era posible usarlos en otra parte.

Ahora estamos presenciando la lucha natural é inevitable para lograr una división mejor de esta riqueza nueva y siempre creciente. La distribución ideal sería que el inventor y el descubridor, y la inteligencia y la energía que organizan y dirigen, tuviesen su parte; que tuviese la suya el

capitalista por el uso de su dinero y los riesgos que afronta, medidos por las probabilidades de pérdida que frecuentemente se le presentan; que al obrero se le diese lo que le corresponde, por medio de un acrecentamiento de salario y una disminución de horas de trabajo, porque ahora produce más que antes; y que al consumidor se le atribuyese también su beneficio, en la baja de los precios de los objetos que se obtienen con menores gastos y esfuerzos.

Es inevitable que cada una de estas diversas clases difiera entre sí respecto á la participación á que cada una tiene derecho, y, en consecuencia, ha de haber una lucha constante entre ellas para precisar los medios que las han de conducir á una división justa y equitativa. Esta lucha continuará mientras la riqueza siga acrecentándose.

Un inevitable incidente de esta situación es que al principio, por regla general, el organizador y el capitalista obtendrán mayor participación, porque ellos tienen la ventaja de su posición inicial respecto de cada aumento de riqueza; y la lucha tomará ordinariamente la forma de una reclamación de parte del obrero y del consumidor para aumentar la porción que á ellos les corresponde, á expensas de la que toca al capitalista y al organizador.

Otro incidente es que las leyes elaboradas, tomando en cuenta determinadas condiciones, tienen que modificarse para asegurar una justa distribución de la riqueza y una justa compensación de la inteligencia, habilidad y trabajo, por virtud de las nuevas condiciones que trae consigo el progreso industrial. Prácticamente hallamos que las leyes que en su principio se consideraron adecuadas á las circunstancias, cuando se aplican á las condiciones nuevas de la vida industrial, permiten á unos alcanzar legalmente más de lo que les corresponde, mientras que los otros no pueden legalmente obtener tanto cuanto les toca en la actividad industrial, á la cual contribuye en cierto grado y forma toda la comunidad social. Por ejemplo, las leyes que se refieren á la organización, capitalización, consolidación y reorganización de las compañías, que anteriormente sirvieron muy bien para su objeto, hoy hacen posible que algunos hombres que las dirigen, realicen enormes fortunas, sin violar en apariencia ninguna ley, y sin beneficiar en cambio de ellas á la riqueza del país. Desde el punto de vista moral, la acción de estas gentes no difiere en su género de la que siempre ha prevalecido en el mundo de los negocios, donde los hombres determinan el precio de los artículos que venden, más

por lo que llevan al mercado, que por la estimación del bien que causan á los compradores; pero estas grandes transacciones hacen ver de modo claro, que los principios que gobiernan á las grandes compañías necesitan ser modificados para que esas ventajas excesivas no puedan obtenerse de una manera legal. Y como además esas transacciones se encuentran á menudo con carencia de informes y faltando al cumplimiento de las obligaciones contraídas, se ve que las leyes han menester de ser reforzadas en estos puntos.

Las facilidades de comunicación y de transporte que ponen al comercio moderno en aptitud de extenderse sobre enormes territorios, han hecho posible la organización de los grandes «Trusts» que tienen por objeto suprimir la competencia, restringir la producción y aumentar los precios; y para impedir que hoy se lleven á cabo, han resultado inadecuados y viejos los sencillos principios que antes evitaban en las comunidades rurales inglesas los monopolios. Ahora para alcanzar los mismos fines son necesarias nuevas leyes y nuevas disposiciones.

Por otro lado, las asociaciones de trabajadores, formadas para asegurar un tratamiento justo acerca del trabajo, salario, horas y condiciones en que

aquél habrá de verificarse, á su vez tratan de modificar las circunstancias actuales, reduciendo la producción, evitando la competencia por medio de reglas que prohíben á cualquiera de sus miembros producir más de una determinada cantidad de trabajo bajo pena de expulsión, é impidiendo el empleo de cualquiera que no sea miembro de dichas asociaciones, bajo la amenaza de una huelga. Todas estas cosas no son sino meros accidentes del arreglo en la distribución de la nueva riqueza, y algunos provienen de los nuevos intentos de los interesados para obtener más de lo que es justo. Nuestro Gobierno lucha con ellos de una manera asidua, haciendo que gradualmente los dictados de la opinión pública se transformen en leyes adaptadas á las nuevas condiciones del trabajo. Este proceso no trae consigo principios legales nuevos, sino la mera adaptación de los viejos, que fueron familiares á nuestros padres. Los hechos que ahora se realizan y la necesidad de reformar continuamente las leyes, no arguyen una disminución en la moralidad en los negocios, ni insuficiencia en nuestro sistema político para seguir progresando y siendo eficaz.

Algunas veces hay cierta excitación indebida; pero es temporal, y cuando se ve que el país se

aproxima á un peligro amenazador, la calma se restablece debido al juicio sereno del pueblo.

Algunas sociedades de obreros celebran reuniones en las cuales se pronuncian discursos violentos y se llevan banderas rojas; pero cada vez que entre la multitud de trabajadores surgen programas en los cuales se discuten los principios del socialismo y de la anarquía, por un lado, y aquellos sobre los cuales descansa el sistema social é industrial americano, por otro, la decisión es en favor de estos últimos. El Ministro de Comercio y Trabajo me informa que en estos últimos años ha disminuido en los Estados Unidos el tanto por ciento de los socialistas en las asociaciones de obreros de 33% á 8%. No se en qué proporción eso sea debido al cambio en la organización de los trabajadores ó á la separación de los socialistas de las asociaciones de que formaban parte; pero esto indica que la gran masa de los obreros de los Estados Unidos está en favor de las condiciones de nuestra prosperidad actual y en contra del socialismo.

Al tomar en cuenta la eficacia de nuestras instituciones democráticas, debemos recordar los millones de inmigrantes que han llegado á nuestro país. Los americanos hemos adquirido el hábito de gobernarnos por nosotros mismos y las aptitu-

des políticas que poseemos, durante varios siglos de gobierno propio en las Colonias Americanas y en los Estados Unidos hasta mediados del siglo XIX, y durante muchos siglos de desarrollo político en Inglaterra, antes de la colonización de la América. En cambio, la vasta masa de nuestros inmigrantes viene de países en los cuales el pueblo ha obtenido muy poco desarrollo político. Desde 1850 han entrado á los Estados Unidos cerca de veintiún millones de emigrantes; y como la mayor parte ha llegado con tendencias y tradiciones heredadas y con hábitos adquiridos, ya de una irremediable sumisión á un poder superior, ó ya de violentas luchas contra él y con poca ó ninguna preparación heredada ó aprendida para el cumplimiento de los deberes que el gobierno les impone, todos ellos han tenido necesidad de ser educados para gobernarse por sí mismos. La mayoría de los agitadores violentos y extremos que existe entre la clase trabajadora de los Estados Unidos es casi siempre de inmigrantes recién llegados, cuyas costumbres y tendencias han sido adquiridas de antemano en sus países de origen. Creo que es cierto que haciendo abstracción de algunos individuos que pueden considerarse como maniáticos y otros que son, por lo regular, criminales, animados con

el propósito de mover guerra encarnizada á la sociedad, so color de teorías filosóficas, la tendencia de los recién llegados en favor de las violencias socialistas y de la agitación anarquista, está en razón inversa de la suma de libertad de que han disfrutado antes de que llegaran á nuestro país, que decrece en proporción directa del tiempo que viven en él y del grado en el cual se mezclan en él, para llegar á formar parte de nuestra comunidad social, y que tiende fuertemente á desaparecer con la segunda generación que ha tenido la oportunidad de recibir la influencia de la educación americana, durante los años muy impresionables de la niñez.

Pocas cosas en la historia producen una impresión más profunda y extraordinaria, que la fuerza y efecto de la vida é instituciones americanas sobre estos millones de gentes que han venido de todas las partes de la tierra, salidas de todas las razas, hablando todas las lenguas, creyendo en todas las religiones y trayendo consigo todo género de tendencias y caracteres heredados de antemano.

Como base de nuestras esperanzas para el progreso futuro de nuestras instituciones hallamos el carácter firme y entero de nuestro pueblo, tal como se muestra en nuestra vida diaria; los intere-

ses ampliamente vinculados en la prosperidad del país, que se manifiestan en las comodidades de la vida y en las facilidades de progreso que existen en el pueblo desde las más altas hasta las más humildes clases; la necesidad, cada día más extensa, de mantener los derechos de la propiedad entre los terratenientes, que, de acuerdo con el último censo ascienden á 5.739,657, y entre los deponentes en las cajas de ahorros que en el año de 1906 alcanzaron á 8.027,192, con depósitos cuyo monto fué de 3,482.137,198 dólares; el continuo adelanto de la instrucción pública que se comprueba con la existencia de estudiantes en las escuelas de los Estados Unidos, cuyo número al fin del año fiscal de 1906 ascendió á 18.424,847; la vasta influencia que toma su origen en nuestras instituciones de instrucción superior, universidades, colegios y escuelas profesionales, en los cuales durante el año pasado había 210,333 estudiantes; la libertad religiosa bajo la cual todas las iglesias, separadas del Estado, prosperan de acuerdo con el desarrollo de las necesidades religiosas. Nuestras esperanzas más que de todas estas cosas, dependen, sin embargo, de la participación general y activa de todo el cuerpo de la democracia americana en la resolución de los problemas y en la aplicación

de sus principios de gobierno, con sabiduría, con honradez, con el justo respeto á los derechos de los demás, ejecutando cada ciudadano de una manera completa y varonil los deberes que para con su país tiene contraídos. El porvenir de la Nación con su bienestar ó con sus infortunios, con su prosperidad ó con su miseria, con su progreso ó con su decadencia, depende de todos nosotros y de cada uno de nosotros aisladamente considerados.

Os recomiendo como guía de vuestros deberes de ciudadanos las palabras de Lecky el historiador, no el retórico sino el profundo pensador:

«Toda la virtud cívica, todo el heroísmo y la abnegación del patriotismo tienen por origen el hábito que los hombres adquieren de considerar á su país como un gran organismo, identificándose con sus glorias en el pasado y en el presente, y ambicionando para él destinos mejores. Cuando los miembros de una nación han llegado á considerar á su país nada más que como el suelo en que residen, y á su gobierno como una mera organización encargada de hacer el servicio de policía ó de celebrar tratados; cuando han dejado de abrigar entre sí otros sentimientos que no sean los de sus intereses privados, los de la amistad personal

ó los de la sola filantropía, la disolución moral de la nación está á punto de verificarse. Aun en el orden de los intereses materiales, el bienestar de cada generación depende del esfuerzo, de la abnegación y de los servicios de los que nos han precedido y las virtudes cívicas jamás pueden florecer en una generación que sólo piensa en sí misma.»

